

Lo que remueve un terremoto

Una experiencia humana desde la orilla del espectador

Carmen Ibarlucea

Miembro militante de una ONGD

Hablemos de cooperación. Ahora está de moda. Todo el mundo coopera y así, *a priori*, nos hace sentir bien. No comprendemos nuestro mundo y se generaliza la sensación de tener derecho de nacimiento al bienestar social; la solidaridad es bondad del corazón que se conmueve con la pobreza de aquellos que, quizás por ignorantes o torpes, no pueden disfrutar de una vivienda confortable, una mesa abundante y un médico a la mano. Siento que damos por seguro que quien a lo largo de su vida no obtiene esta recompensa no ha trabajado bastante. Y todos sabemos que el trabajo es dignidad. Decir «no trabaja suficiente» es una forma ancestral de lapidar la autoestima del individuo y de su colectividad.

Si decimos cooperación pensamos en ONGD's, pero en general somos un puente (no decidimos los proyectos financiados, hay normas marcadas desde la Administración, que tiene sus propios criterios cuantitativos de transparencia pública/política y sólo se financia lo que se puede avalar con facturas) entre los dineros de las administraciones públicas y las ONG's de los países *económicamente* pobres. Hago esta salvedad



porque me cansa escuchar de manera continua: el tercer mundo, los pobres... ¿terceros en qué?, ¿pobres de qué? Y rememoro América, rica en recursos naturales, tierras fértiles, subsuelos generosos, ecosistemas no saturados, con niveles de población que no han alcanzado su límite, salvo en algunas megaciudades dignas de pertenecer al «primer mundo»... si no fuera por los pobres, y eso es verdad, en estos lugares tan ricos viven gran cantidad de personas económicamente pobres, incluso culturalmente pobres, entendiendo esto en relación a la necesidad de sentido de la persona, su pertenencia a un grupo con escala de valores propia. A éstas su cultura se las ha convertido en una moneda sin valor, y la nuestra no les es accesible, comprensible, amable... Me resulta asombroso que el inconsciente colectivo occidental esté ávido de encontrar otras formas de vida en el universo, cuando no

somos capaces de ver las otras formas de vida en el planeta... buscamos extraterrestres a los que mirar como superiores, porque mirar a nuestros semejantes como iguales parece una tarea demasiado difícil para el lenguaje binario de nuestra escala de valores.

La teoría simplista dice que trabajamos en programas de cooperación para el desarrollo de los países no desarrollados, ¿demasiado obvio?. Pero los críticos, dicen que somos un parche para acallar la conciencia. La sensibilización la teñimos de falsa caridad. Ensuciamos la imagen de los pueblos y alimentamos la conciencia cómoda de dar lo que nos sobra sin fomentar un deseo de auténtica justicia. Lamentablemente estoy de acuerdo. Hay un *código de ética publicitaria* aprobado en la Coordinadora Estatal de ONG's, pero la imagen que revertimos es parcial, son pocas las campañas basadas en las riquezas morales, culturales y organizativas, son pocas las que impactan por la injusticia y mucho peor es cuando desde la TV nos muestran imágenes desoladoras en el marco de musicales llenos de *glamour*.

Un marco real. Tacuba, El Salvador: Una zona rural, 45.000 habitantes, cerca de Guatemala. Re-

gión cafetalera muy productiva, sus tierras están en manos de cuatro familias no residentes. Tienen un médico y un cura. El valor de la tierra es tres veces mayor, en dólares, al de Extremadura. Gobierna el FMLN (Farabundo Martí de Liberación Nacional).

Al municipio la ayuda gubernamental le demoró un mes; la internacional dos semanas. Afortunadamente estas mujeres y hombres, no son los pueblos pasivos que imaginamos desde el televisor, se organizan, y ponen sus propios parches al desarrollo, practicando una economía real precaria a espaldas de la globalización. Desolados, sin viviendas, sin comida, durmiendo al raso y con colas de horas para alimentarse. No hay desabastecimiento en los comercios, *usted puede comprar todo cuanto quiera... si tiene la plata*. La asistencia médica llega de ONG's locales sin recursos para emergencias. Las viviendas son de adobe, las más pobres de palitos y las más acomodadas mixtas (antisísmicas, bloques de cemento y hierros en los cimientos). Las de palitos se cayeron sin remedio y se volverán a levantar, las de adobe demoran más... las mixtas resisten más.

Cuando llegan las ONG's su caravana es ridícula si no insultante, con dos vehículos, uno abre la marcha con el personal voluntario y atrás el equipo de filmación; dejar constancia de la actuación es lo que cuantifica, después servirá para justificar, publicitar, presentar memorias. Colocan su bandera, sus carteles, mientras la gente se agolpa frente a sus tinglados sin saber si hacen cola para alimentos, ropa o medicinas y son filmados para mostrar al mundo la tozudez de su pobreza. Pero son los que traen algo, en muchos casos quienes aportan las viviendas provisionales, convertidas en definitivas si la reconstrucción no llega. Viviendas en las que el interés está en la cantidad de familias alojadas y no

en la calidad: de entre 6 a 14 metros cuadrados, sin una base que sustente las columnas de madera que quedan sobre la tierra y dejan pasar el agua de lluvia, acogen a familias de cinco miembros, o peor, a grupos familiares de tres o cuatro familias nucleares y sus escasas pertenencias.



Se dice que el dinero de la ayuda oficial está colocado en cuentas bancarias remuneradas y se usan sólo los intereses para la emergencia. La lógica de la economía globalizada se nos escapa, pero es bastante posible que el gobierno prevea una situación como la del Mitch, cuando la ayuda internacional quedó en un gesto simpático; Wall Street bajó los precios del café 6 dólares por quintal, argumentando que a causa del temporal descendería la calidad del producto. Absurdo, ya que es sabido que los cafetales en Centro América están en el monte y no en la costa... Así las cosas, las catástrofes naturales se convierten en una oportunidad de negocio tan buena como cualquier otra, donde el dinero danza 24 horas al día entre las bolsas del mundo a una velocidad 150 veces superior a lo que necesita la economía real; los pagos del comercio internacional necesitan diariamente 10.000 millo-

nes de dólares, las bolsas mueven más de 1,5 billones.

Moisés, el alcalde de Tacuba, nace a la participación ciudadana desde su fe cristiana, y se implica en la política cuando su actividad de catequista le dice que debe arriesgar un poco más. Nos habla de su experiencia respecto a *las ONG's, ... son honestas, están preocupadas, pero su ayuda siempre es puntual, inciden en problemáticas como la salud y la formación y están representadas dentro del grupo de desarrollo local, junto con las iglesias* (varias formas de cristianismo), *los representantes comunales y los representantes de las organizaciones políticas*. Pero nada pueden con lo que él considera el problema de fondo, la falta de terreno comunal. Lo que imposibilita administrar recursos. ¿Quién puede presionar a un gobierno para que invierta en infraestructuras y servicios, pese a que las zonas rurales somos el 80% de la población mundial?

Y la cooperación se convierte en una espiral sin fin, donde nadie sabe qué es primero: la salud, la formación, la vivienda, la empresa o el amor a uno mismo y donde nadie tiene el capital suficiente para luchar en todos los frentes, ni la solvencia personal para lograr una financiación basada en lo no cuantificable y hacer comprender con paciencia las necesidades de los pueblos a los expertos de los organismos internacionales. Nos convencen de que estamos perdiendo oportunidades irrecuperables, que hay que actuar rápido, que la productividad depende de la rapidez para subirse al carro del desarrollo... y nos quedamos sin preguntarnos ¿qué desarrollo?, sin evaluar si tanto esfuerzo cooperativo no cuantificado, el trabajo voluntario, no está cayendo en campos sembrados de sal porque el problema no está en cooperar, sino en cómo, con quién y si es realmente el dinero para proyectos de coopera-

ción lo que sacará al mundo, no a los países pobres, de este lamentable estado de dolor.

Otro problema, uno que Moisés, el alcalde de Tacuba ve allá y que nosotros vemos acá, la fragilidad de la voluntad humana, la tentación del poder, no ya de obtenerlo, sino de obedecerlo, cómo una vez llegados a ocupar un cargo que nos acerca a los más poderosos nos hacemos vulnerables a pensar y a sentir con su razón. Como curiosidad les contaré que durante la conversación con Moisés, le pregunté como había visto él la visita de la reina a su país. Yo tengo, claro está, mi propia opinión no favorable, pero el encontró que pese al alto coste económico, era bueno, les mostraba la preocupación de los españoles. Lo que sentía era el monopolio del gobierno, la imposibilidad de haber gestio-

nado una visita de este personaje a su municipio, pues sabía que eso hubiera ayudado mucho a la moral de sus conciudadanos...

Ahora preocupa la reconstrucción: el gobierno de El Salvador ha nombrado una Comisión Nacional de la Solidaridad, que negociará en Madrid la ayuda a la reconstrucción, lo forman solamente empresarios, dejado fuera otros sectores como organizaciones civiles, iglesias cristianas varias, y la iglesia católica (la que yo conozco) que es en sí misma un motor de desarrollo, con su capacidad de ilusionar... a los laicos, formar... a los laicos y delegar... en los laicos, que desde acá algunos miramos con admiración pecaminosa por estar teñida de envidia. Después la administración sacará una convocatoria a la que las ONGD's de aquí presentare-

mos los proyectos de las ONGD de allá, previa asesoría sobre como enfocarlos para que sean fácilmente evaluables y cuantificables y ello los convierta en financiables. Todo eso es cuantificable, el problema está en que el dinero que se consiga debe llegar para todos y si es poco se volverán a repetir los esquemas de antes, repartiendo injusticia en lugar de gestionar algunos recursos.

Entre tanto también hacemos algunas otras pequeñas cosas, por no desesperar, ya saben: hablar mucho, cantar, bailar, rifar, vender, para obtener un dinero extra que no halla que justificar y que se pueda gastar libremente en lo que se considere oportuno, en la plena conciencia de que sus destinatarios son personas adultas y responsables que saben administrar sus recursos cuando los tienen.

